

Nerval

Sylvie



Sylvie es la primera nouvelle de *Les filles du feu* y hay quien afirma que es la obra cumbre de Nerval.

I

NOCHE PERDIDA

Salía de un teatro por cuyos palcos aparecía todas las noches adecuadamente vestido para el galanteo. A veces estaba lleno; otras, vacío. Igual me daba detener la mirada en un patio de butacas sólo poblado por una treintena de voluntariosos aficionados, o en los palcos adornados con sombreros y atavíos anticuados, que formar parte de una sala animada y concurrida, coronada por los floreados tocados, las joyas relucientes y los rostros radiantes que abarrotaban todos sus pisos. Indiferente al espectáculo de la sala, el del escenario apenas lograba retener mi atención excepto cuando, en la segunda o tercera escena de una desabrida obra maestra del momento, una aparición más que conocida iluminaba el espacio vacío y, con un soplo y una palabra, devolvía la vida a los inanimados rostros que me rodeaban.

Me sentía vivir en ella, y ella vivía sólo para mí. Su sonrisa me llenaba de una beatitud infinita; la ondulación de su voz, tan dulce y, sin embargo, tan firmemente timbrada, me hacía vibrar de alegría y de amor. Poseía, a mi juicio, todas las perfecciones; satisfacía toda mi capacidad de entusiasmo: hermosa como el día a la luz de las candilejas que la iluminaban desde abajo; pálida como la noche cuando los focos perdían intensidad y quedaba iluminada desde lo alto por los rayos de la araña del techo y la mostraban más natural, resplandeciendo en la sombra merced a su propia

belleza, como las divinas Horas que se recortan, con una estrella en la frente, sobre los fondos oscuros de los frescos de Herculano.

Transcurrido un año, no se me había ocurrido la idea de averiguar cómo era ella fuera del teatro; temía enturbiar el espejo mágico que me ofrecía su imagen, y a lo máximo que llegué fue a prestar oídos a algunos rumores referentes no a la actriz sino a la mujer. Y suscitaron en mí tan escaso interés como las habladurías que hubieran podido circular respecto a la princesa de Elida o a la reina de Tresibonda. Uno de mis tíos, que vivió durante los penúltimos años del siglo XVIII, llevando el tipo de vida apropiado para conocer a fondo aquellos tiempos, pronto me previno de que las actrices no eran mujeres y de que la naturaleza había olvidado darles un corazón. Se refería, sin duda, a las de su época; pero me contó tantas historias acerca de sus ilusiones y de sus decepciones, y me mostró tantos retratos en marfil, graciosos medallones que utilizó más tarde para adornar tabaqueras, tantas cartas de amor amarillentas, tantas cintas ajadas, cuyas historias y desenlaces me refería, que me habitué a malpensar de todas sin tener en cuenta los cambios producidos por el paso del tiempo.

Por aquel entonces vivíamos una época extraña, como las que suelen suceder a las revoluciones o a los ocasos de los grandes reinados. No existía ya la galantería heroica de los tiempos de la Fronda, ni el vicio elegante y atildado de la Regencia, ni el escepticismo y las locas orgías del Directorio; había una mezcla de actividad, de duda y de desgana, de brillantes utopías, de aspiraciones filosóficas o religiosas, de vagos entusiasmos, ligados a ciertos impulsos de renovación; de aburrimiento por las discordias del pasado, de esperanzas inciertas; algo parecido al espíritu de la época de Peregrino y Apuleyo. El hombre material aspiraba al ramo de rosas que, de manos de la hermosa Isis, debía regenerarlo; la diosa eternamente joven y pura se nos aparecía por las noches y nos hacía sentir vergüenza por nuestras

horas perdidas durante el día. Sin embargo, la ambición resultaba impropia de nuestra edad, y la ávida caza de honores y posiciones que por aquel entonces se solía practicar nos mantenía alejados de las posibles esferas de actuación. Como único asilo sólo nos quedaba la torre de marfil propia de los poetas, a la que subíamos cada vez más alto para aislarnos de la muchedumbre. Allí, en los elevados ámbitos a los que nos guiaban nuestros maestros, respirábamos por fin el aire puro de las soledades, bebíamos el olvido en la copa de oro de las leyendas, nos embriagábamos de poesía y de amor. ¡Amor, ay! ¡Formas vagas, tonalidades rosas y azules, fantasmas metafísicos! Vista de cerca, la mujer real era motivo de indignación para nuestra ingenuidad; debía aparecérsenos como reina o como diosa, y, sobre todo, debíamos evitar su proximidad.

Sin embargo, algunos de nosotros tenían en poca estima aquellas paradojas platónicas, y a través de nuestros renovados sueños de Alejandría enarbolaban la antorcha de los dioses subterráneos que, por un instante, iluminaba la oscuridad con su estela de pavesas. Así era como, al salir del teatro, sumido en la amarga tristeza que los sueños nos dejan al desvanecerse, iba con agrado a reunirme con los habituales de un círculo donde se cenaba en numerosa compañía y toda melancolía cedía ante la inagotable inspiración de algunos espíritus brillantes, vivaces, tempestuosos, a veces sublimes, como siempre han existido en épocas de renovación o de decadencia, y cuyas discusiones llegaban a tal extremo que los más tímidos de nosotros se dirigían de vez en cuando a la ventana para ver si los hunos, los turcomanos o los cosacos llegaban por fin para acabar de una vez por todas con los argumentos de retóricos y de sofistas.

«¡Bebamos, amemos! ¡Esto es la sabiduría!». Tal era el lema de los más jóvenes. Uno de ellos me dijo:

—Hace mucho tiempo que frecuento el mismo teatro. Cada vez que voy, te encuentro. ¿Por cuál vas tú?

¿Por cuál?... No concebía que se pudiera ir por otra. Sin embargo confesé un nombre.

—¡Pues, bien! —repuso mi amigo, indulgente—. Mira, ahí tienes al feliz mortal que acaba de acompañarla y que, fiel a las reglas de nuestro círculo, no se reunirá con ella hasta el amanecer.

Sin demasiada emoción, volví la mirada hacia el personaje indicado. Se trataba de un joven correctamente vestido, de rostro pálido y nervioso, de distinguidos modales, y cuyos ojos aparecían impregnados de dulzura y de melancolía. Arrojava el oro sobre una mesa de whist y lo perdía con indiferencia.

—¿Qué me importa que sea él o cualquier otro? —dije—. Alguien tenía que haber, y éste me parece digno de haber sido elegido.

—¿Y tú?

—¿Yo? Es una imagen lo que persigo, nada más.

Al salir, pasé por el salón de lectura y, maquinalmente, hojeé un periódico. Creo que lo hice para enterarme de las cotizaciones de la bolsa. Entre los restos de mi opulencia, poseía una considerable cantidad en títulos extranjeros. Corría el rumor de que, menospreciados durante mucho tiempo, su valor iría en aumento. Pronóstico que acababa de cumplirse debido a las repercusiones de un cambio ministerial. Los fondos ya habían alcanzado una cotización muy alta; volvía a ser rico.

Aquel cambio de posición me inspiró un solo pensamiento: la mujer a la que amaba desde hacía tiempo sería mía si así lo deseaba. Podía alcanzar lo imposible. ¿No se trataría de una ilusión, de una errata burlona? Los otros periódicos decían lo mismo. La suma ganada se alzaba ante mí como la estatua de oro de Moloch. «¿Qué diría ahora —pensé— el joven de hace un momento si fuera a ocupar su sitio junto a la mujer que ha dejado sola?»... Me estremecí ante tal pensamiento, y mi orgullo se rebeló.

¡No! ¡Así, no! A mi edad, el amor no se mata con el oro: no seré un corruptor. Por otra parte, se trata de una idea anticuada. ¿Quién me asegura que sea una mujer venal? Mi mirada, poco atenta, seguía recorriendo el periódico que tenía aún entre las manos, y leí estas dos líneas: «Fiesta del ramo provincial. Mañana, los arqueros de Senlis entregarán el ramo de flores a los de Loisy». Estas palabras, tan simples, despertaron en mí una nueva serie de impresiones: era un recuerdo de mi tierra, olvidada durante mucho tiempo, un eco lejano de las ingenuas fiestas de la juventud. El cuerno y el tambor sonaban a lo lejos, por bosques y aldeas; las jóvenes trenzaban guirnaldas y, mientras cantaban, arreglaban ramos de flores adornados con cintas. A su paso, un pesado carro tirado por bueyes recibía dichos presentes, y nosotros, los niños de la comarca, formábamos el cortejo con nuestros arcos y flechas, atribuyéndonos el título de caballeros sin saber que no hacíamos sino repetir, a través del tiempo, una fiesta druida que había sobrevivido a las monarquías y a las nuevas religiones.

II

ADRIENNE

Me acosté en la cama, pero no logré hallar descanso. Sumido en una sensación de duermevela, mi juventud entera cruzaba por mis recuerdos. Este estado, en el que el espíritu aún se resiste a las extravagantes combinaciones del sueño, permite con frecuencia ver desfilar en unos minutos las escenas más importantes de un largo período de la vida.

Veía un castillo de la época de Enrique IV con sus tejados puntiagudos cubiertos de pizarra y su fachada rojiza, con ángulos dentados de piedras amarillentas; una gran explanada verde enmarcada por olmos y tilos, cuyo follaje atravesaban los encendidos rayos del sol. En el césped, unas muchachas bailaban en corro y cantaban antiguos romances, transmitidos por sus madres, en un francés tan naturalmente puro que uno se sentía en verdad transportado a ese viejo país del Valois en el que, durante más de mil años, ha palpitado el corazón de Francia.

Era el único chico del corro que había llevado a mi compañera, Sylvie, muy joven aún, una niña de la vecina aldea, que exhalaba vivacidad y ternura, y tenía los ojos negros, un perfil regular y la piel ligeramente bronceada. Sólo la quería a ella, sólo tenía ojos para ella... ¡hasta aquel momento! Apenas me había fijado en una chica rubia, alta y hermosa, que formaba parte del corro en el que bailábamos y que se llamaba Adrienne. De repente, siguiendo las

reglas de la danza, Adrienne se encontró a mi lado, quedándonos los dos, solos, en medio del círculo. Éramos de igual estatura. Pidieron que nos besáramos, y la danza y el corro giraban más vertiginosamente que nunca. Al besarla, no pude evitar estrecharle la mano. Los largos rizos de sus cabellos dorados rozaron mi mejilla. Desde aquel momento, una turbación desconocida se apoderó de mí. La hermosa muchacha tenía que cantar una canción para recobrar el derecho a reincorporarse al baile. Nos sentamos a su alrededor, y, acto seguido, con voz fresca y penetrante, ligeramente velada, característica de las muchachas de esta brumosa región, cantó uno de esos romances antiguos, llenos de melancolía y de amor, que suelen narrar los infortunios de una princesa encerrada en una torre por deseo de un padre que la castiga por sus amores. En cada estrofa, la melodía terminaba con esos trémulos que tan acertadamente acentúan las voces juveniles cuando, con modulado estremecimiento, imitan la voz temblorosa de las abuelas.

Mientras la joven cantaba, las sombras descendían de los árboles y el naciente claro de luna le daba de lleno, sólo a ella, aislándola de nuestro atento círculo. Calló, y nadie se atrevió a romper el silencio. El césped estaba cubierto de tenues vapores condensados que despleaban sus blancas hilachas por los extremos de las hojas de hierba. Creíamos hallarnos en el paraíso. Por fin, me levanté y corrí hacia el parterre del castillo, donde crecían los laureles, plantados en macetones de porcelana con camafeos pintados. Cogí dos ramas, que trenzamos en forma de corona, y atamos con una cinta. Luego, coloqué en la cabeza de Adrienne aquel adorno cuyas brillantes hojas resplandecían en sus cabellos rubios a la pálida luz de la luna. Parecía la Beatriz de Dante al sonreír al poeta, errante por el umbral de las santas moradas.

Adrienne se levantó. Alargando su esbelto talle, nos hizo una graciosa reverencia y regresó corriendo al castillo. Era, nos dijeron, la nieta de uno de los descendientes de

una familia vinculada a los antiguos reyes de Francia; la sangre de los Valois corría por sus venas. Por ser día de fiesta, le habían permitido unirse a nuestros juegos; no volveríamos a verla, pues al día siguiente regresaba al convento en el que se hallaba interna.

Cuando volví junto a Sylvie, descubrí que lloraba. El motivo de sus lágrimas era la corona que mis manos habían entregado a la bella cantante. Le propuse ir a coger otra, pero rechazó mi ofrecimiento argumentando que no lo merecía. Quise disculparme, pero resultó inútil: mientras la acompañé a casa de sus padres no pronunció una sola palabra.

Obligado a regresar a París para reanudar mis estudios, me acompañó aquella doble imagen de una tierna amistad tristemente rota, más la de un amor imposible y vago, fuente de dolorosos pensamientos que la filosofía académica no pudo paliar.

La imagen de Adrienne, espejismo de belleza y de gloria, compartiendo las horas de estudio o endulzándolas, resultó vencedora. Durante las vacaciones del año siguiente, me enteré de que aquella apenas entrevista belleza había sido consagrada por su familia a la vida religiosa.



III

RESOLUCIÓN

Aquel recuerdo entresoñado encerraba la explicación de cuanto me sucedía. El amor vago y sin esperanza, inspirado por una actriz de teatro, que me embargaba por entero cada noche, a la hora de la representación, y que no me abandonaba hasta la del sueño, era fruto del recuerdo de Adrienne, flor nocturna abierta a la pálida luz de la luna, rosada y rubia quimera deslizándose por las hojas de hierba, verdes y semibañadas en blancos vapores. El parecido de un rostro olvidado desde hacía años se dibujaba ahora con singular nitidez; era un boceto a lápiz difuminado por el tiempo, que se convertía en una pintura, como esos viejos croquis de los maestros que admiramos en un museo determinado y cuyo deslumbrante original encontramos en otra parte.

¡Amar a una religiosa bajo la apariencia de una actriz!... ¿Y si fuera la misma? ¡Hay para volverse loco! Es una atadura fatal en la que lo desconocido me atrae como un fuego fatuo huyendo entre los juncos del agua estancada... Pero, volvamos a la realidad.

¿Por qué, durante los tres últimos años, he relegado al olvido a Sylvie, a quien tanto quería?... ¡Era una muchacha muy bonita, la más hermosa de Loisy!

Ella sí existe, es buena y, seguramente, posee un corazón puro. Vuelvo a ver su ventana en la que los pámpanos y el rosal se entrelazan, y la jaula de las currucas, colgada a la

izquierda; oigo el ruido de sus sonoros bolillos y su canción favorita:

Estaba la hermosa sentada junto al arroyo que fluía...

Aún me espera... ¿Quién puede haberse casado con ella? ¡Es tan pobre! ¡Los bondadosos campesinos de su pueblo, y de los que lo rodean, vestidos con blusones, de manos rudas, de rostro enjuto y tez curtida! Ella sólo me quería a mí, el pequeño parisino, cuando iba yo cerca de Loisy a visitar a mi pobre tío, ya muerto. Llevo tres años viviendo a lo grande y derrochando la modesta herencia que me legó y que hubiera podido bastarme para vivir durante toda mi existencia. Con Sylvie la hubiera conservado. El azar me devuelve una parte. Aún estoy a tiempo.

¿Qué estará haciendo ella en este momento? Duerme... No, no duerme; hoy es la fiesta del arco, la única del año en la que se baila durante toda la noche. Está en la fiesta...

¿Qué hora es? No tenía reloj.

Entre los decorativos objetos de ocasión que, en aquella época, se solía reunir para lograr que un piso antiguo recobrar su genuina apariencia, sobresalía con renovado brillo uno de esos relojes de concha del Renacimiento cuya cúpula dorada, rematada por la estatuilla del Tiempo, está sostenida por las cariátides de estilo Médicis que, a su vez, se asientan sobre caballos medio encabritados. La clásica Diana, acodada en su ciervo, figura en un bajorrelieve debajo de la esfera en la que, sobre un fondo niquelado, aparecen esmaltadas las cifras de las horas. Hacía dos siglos que su maquinaria, sin duda excelente, no se accionaba. Pero no fue precisamente para saber la hora por lo que compré aquel reloj en Turena.

Bajé a la portería. El cucú señalaba la una de la madrugada.

«En cuatro horas —me dije— puedo llegar al baile de Loisy».

En la plaza del Palais-Royal aún quedaban cinco o seis coches de punto estacionados para los habituales de los

círculos y de los casinos de juego.

—A Loisy —ordené al de mejor aspecto.

—¿Loisy? ¿Dónde queda?

—Cerca de Senlis, a ocho millas.

—Iremos por el camino de la posta —dijo el cochero, menos preocupado que yo.

¡Qué triste es, por la noche, la ruta de Flandes, que no ofrece belleza alguna hasta llegar a la zona de los bosques! Siempre las dos hileras de árboles monótonos que simulan formas indefinidas; a lo lejos, extensiones de verdor y de tierra removida, limitadas a la izquierda por las azulosas colinas de Montmorency, de Ecoeu y de Luzarches. Y Gonesse, la popular villa llena de recuerdos de la Liga y de la Fronda...

Más allá de Louvres hay un camino bordeado de manzanos cuyas flores he visto abrirse, muchas veces, por la noche, cual estrellas terrestres. Mientras el coche sube las pendientes, reconstruyamos los recuerdos de la época en que venía por aquí con tanta frecuencia.

IV

UN VIAJE A CITEREA

Habían transcurrido algunos años: la época en que conocí a Adrienne delante del castillo sólo era ya un recuerdo de infancia. Me hallaba de nuevo en Loisy, durante la celebración de la fiesta patronal. Y, de nuevo, iba a unirme a los caballeros del arco, ocupando un lugar en la compañía de la que ya había formado parte. Jóvenes pertenecientes a antiguas familias que aún poseen en el lugar varios de los castillos perdidos entre los bosques, y que han sufrido más daños por el paso del tiempo que por la acción de las revoluciones, habían organizado la fiesta. Procedentes de Chantilly, de Compiégne y de Senlis, acudían alegres cabalgatas que ocupaban su lugar en el rústico cortejo de las compañías del arco. Después del largo paseo a través de pueblos y aldeas, después de la misa en la iglesia, de las competiciones de destreza y de la distribución de premios, los vencedores fueron invitados a una comida ofrecida en una isla sombreada por álamos y por tilos, en medio de uno de los estanques alimentados por el Nonette y el Théve. Barcas empavesadas nos condujeron a la isla, cuya elección había determinado la existencia de un templo ovalado con columnas, que serviría de sala para el festín. Allí, como en Ermenonville, la región está sembrada de esos ligeros edificios propios de finales del siglo XVIII, en los que los filósofos acaudalados, siguiendo el gusto dominante de aquel entonces, se inspiraban para sus proyectos. Según creo, dicho